



La oración del hondureño

¡Bendiga Dios la pródiga tierra en que nací!
Fecunde el sol y las lluvias sus campos labrantíos; florezcan sus
industrias y todas sus riquezas esplendas bajo su cielo de zafiro.
Mi corazón y mi pensamiento, en una sola voluntad, exaltarán su
nombre, en su constante esfuerzo por su cultura.

Número en acción en la conquista de sus altos valores morales,
factor permanente de la paz y el trabajo, me sumaré a sus energías;
y en el hogar, en la sociedad o en los negocios públicos, en cualquier
aspecto de mi destino, siempre tendré presente mi obligación
ineludible de contribuir a la gloria de Honduras.

Huiré del alcohol y del juego, y de todo cuanto pueda disminuir
mi personalidad, para merecer el honor de figurar entre sus hijos
mejores.

Respetaré sus símbolos eternos y la memoria de sus próceres,
admirando a sus hombres ilustres y a todos los que sobresalgan
por enaltecerla.

Y no olvidaré jamás que mi primer deber será, en todo tiempo,
defender con valor su soberanía, su integridad territorial, su dignidad
de nación independiente; prefiriendo morir mil veces antes que ver
profanado su suelo, roto su escudo, vencido su brillante pabellón.
¡Bendiga Dios la pródiga tierra en que nací!

Libre y civilizada, agrande su poder en los tiempos y brille su nombre
en las amplias conquistas de la justicia y el derecho.